

**ESTUDIOS AFROCOLOMBIANOS
APORTES PARA UN ESTADO DEL ARTE**

Memorias del Primer Coloquio Nacional
de Estudios Afrocolombianos
Universidad del Cauca
Popayán, octubre de 2001

AXEL ALEJANDRO ROJAS MARTÍNEZ
Compilador

**EDITORIAL
UNIVERSIDAD DEL CAUCA**

© Editorial Universidad del Cauca 2004.

Universidad del Cauca
Centro de Educación Abierta y a Distancia.
Grupo de Investigaciones para la Etnoeducación.

Primera edición
Febrero de 2004

Editor General de Publicaciones:
Felipe García Quintero

Coordinación editorial y académica:
Martha Elena Corrales Carvajal

Digramación:
Enrique Ocampo Castro

Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción total o parcial de las ponencias
aquí publicadas por cualquier medio, sin permiso escrito
de la Universidad del Cauca.

ISBN: 958-9475-48-5

TABLA DE CONTENIDO

AGRADECIMIENTOS	7
PRESENTACIÓN	
Axel Alejandro Rojas	9
HACIA LOS ESTUDIOS DE LAS COLOMBIAS NEGRAS	
Eduardo Restrepo	19
FORMAS DE CONSTRUCCIÓN Y GESTIÓN DE LA ALTERIDAD. REFLEXIONES SOBRE «RAZA» Y «ETNICIDAD»	
Elisabeth Cunin	59
LA CONSTRUCCIÓN DE UN MODELO DE CIUDADANÍA DIFERENCIADA: EL EMPODERAMIENTO POLÍTICO DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA Y EL EJERCICIO DE LA MOVILIZACIÓN ÉTNICA	
Teodora Hurtado Saa	75
PERFILES SOCIODEMOGRÁFICOS DE LA POBLACIÓN AFROCOLOMBIANA EN CONTEXTOS URBANO-REGIONALES DEL PAÍS A COMIENZOS DEL SIGLO XXI	
Fernando Urrea Giraldo, Héctor Fabio Ramírez, Carlos Viáfara López	97
APROXIMACIÓN A LA SITUACIÓN EDUCATIVA A FROCOLOMBIANA	
Daniel Garcés Aragón	147
ENTRE POTRILLO Y CANALETE: LAS COMUNIDADES RENACIENTES DE LA ZONA RURAL DEL MUNICIPIO DE BUENAVENTURA, EL TERRITORIO Y SUS PRÁCTICAS TRADICIONALES SOCIOCULTURALES	
Alfonso Cassiani Herrera	177

EL PACÍFICO SUR DESDE LA MIRADA CLERICAL EN EL SIGLO XX: APUNTES PARA PENSAR LA RELIGIOSIDAD POPULAR AFROCOLOMBIANA	
Santiago Arboleda Quiñones	195
SOBRE LOS POBLADOS Y LA VIVIENDA DEL PACÍFICO	
Gilma Mosquera Torres	225
NOTAS SOBRE LA TRAYECTORIA DEL POBLAMIENTO DEL PACÍFICO	
Jacques Aprile-Gniset.....	261
CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA DEL «AFROCOLOMBIANO» DESDE LAS FUENTES DOCUMENTALES: UNA PROPUESTA METODOLÓGICA	
Zamira Díaz López	285
PRÁCTICAS ANCESTRALES EN LA NARRATIVA COLOMBINA	
Hortensia Alaix de Valencia	303
COLOMBIA: IDENTIDAD FRAGMENTADA EN «DEL AMOR Y OTROS DEMONIOS»	
María Estela Vidal Ruales	317
EL BAMBUCO PATIANO: EVIDENCIA DE LO NEGRO EN EL BAMBUCO	
Paloma Muñoz	325

SOBRE LOS POBLADOS Y LA VIVIENDA DEL PACÍFICO

Gilma Mosquera Torres¹

En escritos anteriores nos hemos referido a los aspectos teóricos y metodológicos que orientaron las distintas investigaciones y observaciones sistemáticas dedicadas a los hábitats y la vivienda en el Pacífico colombiano. El presente texto tiene el doble objetivo de señalar, a manera de síntesis, los principales rasgos que caracterizan el espacio residencial y la arquitectura de la vivienda en la región y destacar sus peculiaridades más sobresalientes.

Los primeros estudios realizados sobre Bahía Solano y en la comarca del río Atrato central y sus tributarios, permitieron identificar y caracterizar los diversos componentes de la vivienda rural dispersa o concentrada en caseríos. Extendidas las búsquedas al río San Juan, las costas y ríos de los municipios de Buenaventura y Tumaco, y la zona costera del municipio de Nuquí, se constató la amplia difusión territorial de los fenómenos y procesos analizados, asimismo fue posible completar el abanico de los lugares estudiados hasta el nivel de las ciudades de Nuquí y Tumaco, e incluir unos asentamientos indígenas.

En miles de lugares se observan en la arquitectura y en el diseño de caseríos y centros menores unas analogías en las formas de ocupación y organización del espacio destinado a los usos residenciales y en los modelos arquitectónicos básicos. Se registra también una diversidad formal y constructiva que está ligada estrechamente a la multiplicidad de situaciones geográficas y humanas al interior de la región, y a trayectorias sociales y espaciales diferentes.

Trabajos de variada índole realizados por investigadores de las áreas sociales, y excepcionalmente desde la arquitectura, muestran que en el bajo Atrato, el Baudó y los

¹ Arquitecta urbanista de la Universidad Nacional. Fue profesora Titular Universidad del Valle. Ahora vinculada al Centro de Investigaciones CITCE de la Universidad del Valle.

ríos y costas del sur del Pacífico existen similitudes en el proceso social de poblamiento, en la configuración y organización espacial de las veredas y centros poblados, en las modalidades de acceso a la vivienda y en las tipologías de construcción.

Se logra así caracterizar los rasgos más generales de unos fenómenos urbanos y arquitectónicos de amplia difusión territorial y persistente continuidad durante los siglos XIX y XX, con marcada identidad temporal, espacial y social, aunque es necesario considerar las manifestaciones y trayectorias distintas o atípicas, que son generadas por factores como:

Distintos paisajes naturales, situaciones culturales y formas de producción diferentes, la categoría y jerarquía de los asentamientos, su localización relativa en una cuenca o río, camino o zona comarcal.

El grado de desarrollo físico y económico alcanzado por los poblados, los niveles de diversificación del aparato productivo-laboral y, en consecuencia, la mayor o menor complejidad de la sociedad aldeana.

La sujeción económica y político-administrativa a los centros hegemónicos de dominación interna y externa de la región, y el tipo de relaciones e intercambios que con ellos establecen las comunidades locales.

PROCESO DE POBLAMIENTO Y SISTEMA URBANO ALDEANO

Recordemos que el sistema de aldeas que caracteriza las zonas bajas del Pacífico colombiano se configuró a través de un proceso histórico de poblamiento, realizado por cimarrones, libertos y colonos, que desde finales del siglo XVIII fue ocupando el territorio habitado originalmente por los aborígenes. Terminando el siglo XIX se produjo un desarrollo demográfico notable basado en el establecimiento de numerosas colonias agrícolas por la población con ascendencia africana esparcida a lo largo de los principales ríos y sus afluentes, con la modalidad de ocupación y desmonte de tierras libres y sin dueño reconocido.

El cultivo de plátano y banano, caña de azúcar y maíz, la recolección de caucho y tagua silvestre, y el corte de maderas para el consumo nacional, actuaron como motor de la economía agraria de tipo doméstico y fomentaron la creación de centenas de núcleos preurbanos en las riberas de los ríos y en los esteros de la costa.

Las unidades productivas dispersas y con viviendas aisladas evolucionaron demográfica y físicamente al multiplicarse las familias pioneras, apoyándose económicamente en el crecimiento de la producción agrícola y en la generación de excedentes para la venta; presentando una dinámica interna muy marcada por los vínculos de parentesco

consanguíneo y ritual, y por los rasgos particulares de las comunidades domésticas, rurales o de vecinos. Primero se convirtieron en agrupaciones de parcelas con cultivos y viviendas elementales, que la misma gente identificó como una *Calle Larga* y luego pasaron a ser caseríos y aldeas bastante peculiares. Muchas veces las aglomeraciones preurbanas surgen por decisión expresa de los moradores dispersos en un tramo del río y deciden *hacer pueblo* para obtener algunos servicios mínimos de la administración municipal a la cual pertenecen; casi siempre una escuela con el nombramiento de una maestra o maestro.

De esta manera, durante los últimos cien años surgieron y se desarrollaron en las riberas de los ríos y en las costas arenosas, miles de villorrios que fueron estructurando un sistema consolidado y durable de poblamiento, genuino y muy original, que adquirió su propia personalidad socio-espacial mediante el modelo predominante de la aldea parental de forma lineal o *pueblo-calle*, que se manifiesta igualmente sobre las vías de comunicación carretables y en unos tramos del Ferrocarril del Pacífico.

No obstante, circunstancias sociales y factores productivos distintos a los más característicos alteran las formas de desarrollo demográfico y de organización espacial de los asentamientos rurales. Transformada la base económica, y por ende la sociedad, se generan variaciones significativas en los prototipos aldeanos y en sus curvas de desenvolvimiento físico, como sucede con la instalación de un aserrío o de una plantación comercial, o con su desaparición. De otra parte, frecuentemente las entidades estatales o eclesiásticas imponen modelos exógenos de diseño y ordenamiento espacial que responden a intereses divergentes de los que motivaron y orientaron a los fundadores para el trazado del caserío original.

También existen rupturas en la trayectoria, y a veces en el modelo espacial, de los caseríos que surgieron al lado de las carreteras, o de aquellos que fueron impactados por la minería moderna. Así mismo se observan diferencias sustantivas entre los poblados que giran en la órbita de los polos regionales y aquellos más alejados y aislados. Además, en los resguardos de las comunidades pertenecientes a las etnias embera y waunana, se formaron agrupaciones residenciales definidas por la persistencia de la cultura aborígen y sus construcciones tradicionales.

El orden espacial así establecido integra distintas modalidades de localización y radicación de la población rural, bien sea en predios productivos dispersos o agrupados, o en villorrios y aldeas de variado tamaño. Jerárquicamente articuladas, estas formas de hábitat constituyen constelaciones comarcales o de cuenca que se entrelazan con un sistema urbano mayor que las domina y está constituido por los dos puertos marítimos de Buenaventura y Tumaco, y las ciudades fluviales de Quibdó y Guapi; centros urbanos tradicionales, procedentes de la economía del comercio exterior y de intereses externos provenientes de Pasto, Popayán, Medellín, Cali o Bogotá.

Al contrario de lo que ocurre en el proceso socio-espacial que transforma una parcela productiva en pueblo, ninguno de estos epicentros regionales nació de exigencias del entorno inmediato, ni se concibió para responder a necesidades de las comunidades locales.

Tampoco se han dado las condiciones que impulsarían el nacimiento de nuevas ciudades con una base terciaria de sustento. Por el contrario, hoy en día sigue vigente el modelo de agrupación de los moradores rurales en caseríos, y éstos continúan surgiendo en forma permanente en toda la región.

Resumiendo, la tipología de organización física y de diseño urbanístico del peculiar sistema urbano-regional constituido en las tierras bajas del Pacífico, expresa las fases del proceso social de transformación de una parcela productiva en un caserío incipiente, y de éste en una aldea creciente que en circunstancias favorables puede convertirse en un centro rural importante a escala de un río, una cuenca o una comarca costera, y alcanzar el rango de cabecera de un nuevo municipio.

Un modelo teórico que considera la jerarquía urbana (o aldeana) y varios factores de orden demográfico, productivo, funcional y geográfico, reúne los siguientes niveles y categorías de asentamientos:

Hábitat disperso

Esta clase de asentamiento está constituido por unidades productivas aisladas y vecindarios rurales. El primer nivel corresponde a la fase meramente productiva que sigue a la ocupación y desmonte del predio selvático, en la cual se configuran minifundios dispersos y asientos temporales para la pesca y la minería artesanal del oro, se proveen de *trabajaderos* o albergues nocturnos muy rudimentarios y de poca duración, cubiertos con hojas de palma o bijao, levantados en palos del monte hincados en la tierra y unidos por lianas. Una vez puesta en producción la finca, su dueño edifica una vivienda de carácter estable, mejor construida que el albergue original. Esta vivienda puede estar techada en palma o en láminas metálicas onduladas; a su alrededor, en unas áreas *limpias*, se ubican la huerta casera, los cultivos de frutales, el gallinero, la *barbacoa* o azotea para sembrar plantas de uso culinario y medicinal, un trapiche para la caña de azúcar y un cobertizo o *volado* para almacenar la cosecha. Las fuentes de agua se integran a las actividades domésticas por medio del embarcadero, el baño, el lavadero de ropa y loza, las trampas para peces.

Los vecindarios rurales agrupan pequeños núcleos de casas, continuos o discontinuos, platanares y cultivos de *pancoger* localizados en el predio original. Se generan por la formación de nuevos hogares de los hijos e hijas de la familia fundadora y por el traslado, desde tierras aledañas, de familias emparentadas o amigas. Las viviendas más recientes son ranchos pajizos provisionales, pero las más antiguas se levantaron en maderas aserradas

y con cubiertas modernas en zinc, cartón embreado o asbesto cemento. Esporádicamente se ven construcciones en madera sobre pedestales o losas en concreto, en lugar de los tradicionales pilotes en guayacán, palma chapín o mangle. Una tienda que funciona en la sala de una casa y una escuela de un aula, componen el equipamiento comunal.

Este prototipo de organización lineal de minifundios con viviendas definitivas, donde son hegemónicos los linajes fundadores del asiento gregario, puede fortalecerse y constituir un pueblo-calle tradicional. Con frecuencia se encuentran en un río largos tramos ocupados por varios vecindarios rurales que a veces reúnen 40 ó más hogares consanguíneos. Algunos ejemplos son: en el río Bojayá las veredas de Piedra Candela, Santa Cruz y Cabecera de los Brazos; el sitio de Los Potes en el río Anchicayá; Playita de los Cuesta en Bahía Solano.

Núcleos de vereda

Los más característicos albergan unos diez o veinte hogares y expresan la capacidad de un vecindario rural parental para convertirse en el centro residencial de los cultivadores que explotan los predios productivos del entorno inmediato y que deciden *hacer pueblo*. Los primeros pobladores del lugar, o sus descendientes, a quienes la comunidad rural reconoce la posesión del predio escogido, ceden solares para la construcción de más casas y de un equipamiento comunal mínimo. La *aldehuela* se extiende sobre abiertos aledaños, y las labranzas que separaban las viviendas se convierten en predios residenciales que dejan en el fondo un solar-patio, donde se siguen cultivando plátano y frutales, se crían gallinas y marranos, se corta y deposita la leña y se seca la ropa al sol. En la parte trasera de estos patios circula un sendero de tránsito público.

Los pobladores establecen su propio reglamento de ordenamiento y manejo del espacio público; fijan normas de transmisión oral, sobre el tamaño de los predios residenciales, la implantación de las viviendas, la ubicación de la escuela y la casa comunal, el trazado de la calle única, y el respeto del terraplén sobre el río o de la línea de playa marcada por la marea alta. Para conseguir una maestra y una promotora de salud *nombradas* y construir una escuela, los líderes solicitan rápidamente el reconocimiento y el apoyo económico de la Alcaldía a la que pertenece la vereda rural. A veces logran del clero evangelizador una tosca capillita en madera.

Tan reducida infraestructura de servicios es a menudo muy deficiente; por esto, los integrantes de la colectividad deben desplazarse a aldeas y centros de mayor importancia para comprar alimentos procesados, realizar gestiones administrativas, buscar atención médica y educación de grado primario y secundario. En el sistema administrativo municipal el núcleo de vereda puede alcanzar el nivel de Corregimiento, donde un vecino obra como Inspector de Policía; en el sistema económico local actúa como lugar de acopio y distribución de la producción agrícola y pesquera entre vecinos.

Ejemplos de esta categoría son los caseríos de Calle Larga en el río Mayorquín y El Tigre en el río Raposo, Baudó Grande en el Atrato Medio, y en 1991 Copomá, localizado en la zona media del río San Juan.

Aldeas menores

La categoría de aldea indica el divorcio definitivo entre el espacio de producción y el espacio de vivienda en las áreas rurales. Las más sencillas y pequeñas cuentan entre 30 y 50 casas, y están equipadas con algunas edificaciones institucionales donde funcionan la inspección de policía, el puesto de salud, una escuela primaria, una casa comunal o una capilla, una o dos tiendas bien surtidas y permanentes. Esos servicios básicos promueven el incremento de las relaciones entre los moradores del entorno productivo y el núcleo aldeano adquiere el papel de centro administrativo y de abasto de varias veredas rurales.

En relación con los prototipos de hábitat precursores se manifiestan los primeros indicios de diferenciación laboral y social, aunque la colectividad es bastante homogénea y son muy contadas las familias que disfrutaban de situaciones productivas y sociales distintas. Se notan asimismo cambios importantes en la morfología general del asentamiento y en la arquitectura de las moradas.

Estimuladas por la demanda de servicios y alimentos en las veredas cercanas, o por la presencia de intermediarios exógenos de la producción agrícola, las actividades económicas tienden a desarrollarse y modernizarse. Unos moradores dejan de producir exclusivamente para el consumo doméstico y el intercambio entre parientes, y con los excedentes se vinculan a los mercados locales o regionales; otros abren tiendas caseras o se convierten en asalariados del municipio al ocupar los cargos de inspector, maestro o promotor de salud.

Desaparecen los ranchos pajizos y mejora la construcción de las casas tradicionales en madera con el empleo de tablas y componentes estructurales cepillados artesanalmente o a mano; se propagan de los techos metálicos y de asbesto cemento. Las familias con mayores medios de subsistencia importan desde los centros urbanos cemento, hierro, ladrillo, pinturas químicas para proteger y decorar las fachadas; a veces encargan enchapados cerámicos y vidrio para ventanas. De igual forma en unas cuantas casas se instalan sistemas sanitarios rudimentarios que reemplazan el uso de la playa, el río o las quebradas.

Muy a menudo la tienda o granero es la primera que se distancia de los modelos vernáculos sencillos y adopta los materiales y la tecnología modernos. En las aldeas fluviales sus propietarios necesitan la relación directa con el río para el descargue de mercancías y productos agrícolas o para la venta de gasolina a lanchas con motor; por esto no dudan en desconocer las reglas comunitarias de respeto de las áreas de uso público y construyen sobre el talud bodegas y espacios adicionales destinados a ampliar los negocios, ocupando privadamente el terraplén-calle que antes era de disfrute colectivo. Éste se va edificando a

ambos lados y tiende a convertirse en una calle de doble paramento, donde las casas nuevas tapan la vista sobre el paisaje acuático a las más antiguas.

Aunque la diversificación del abanico socio-laboral constituye el principal factor de cambio en la arquitectura, también influyen en este sentido otras situaciones, tales como: la aspiración de las familias a tener una casa buena y más durable, que resista mejor a la humedad y a los ataques de insectos y hongos; el mejoramiento significativo de los medios de transporte y comunicación con las regiones vecinas y el interior del país, que facilita la importación de los materiales de construcción exógenos; la constante movilidad de la población joven que emigra temporalmente con el fin de estudiar o trabajar en las ciudades.

Ejemplos típicos de aldeas menores son Huina, Nabugá y Huaca, ubicadas en Bahía Solano, donde se cuentan entre 25 y 50 viviendas; Taparal y Copomá sobre el río San Juan, con el orden de 50 a 60 casas; El Tigre y La Boba en el Atrato Medio, con unas 30 casas en promedio.

Aldeas mayores

Esta categoría agrupa asentamientos complejos, extensos y bastante estructurados físicamente, aunque de diverso tamaño; su umbral demográfico inferior gira alrededor de 70 viviendas y de 200 a 300 habitantes, el superior llega hasta 200 casas y unos 1.000 a 1.500 moradores.

Cuando las aldeas lineales fluviales o marítimas cuentan con unas 50 casas, los caños o quebradas, las depresiones o zonas empinadas impiden la construcción de más viviendas sobre la faja frontal, que ocupa cerca de un kilómetro. Entonces, la demanda de solares residenciales y de espacios para ampliar los equipamientos comunales se resuelve abriendo una segunda calle, paralela a la primera, donde se van configurando extensiones de los vecindarios parentales existentes. El ir y venir entre casas define algunos senderos perpendiculares, cortos y amplios, que son el preludio de un trazado reticular basado en manzanas.

Tales manifestaciones físicas acompañan un proceso social singularizado por el peso creciente de las actividades terciarias y de la correlativa diferenciación socio-económica. La presencia de algunos comerciantes foráneos y de varios asalariados de las dependencias estatales, que raramente pertenecen a la comunidad parental, estimulan la diversificación socio-laboral. No obstante, la mayoría de los vecinos son agricultores, pescadores artesanales o aserradores de maderas, quienes producen sus alimentos básicos y por temporadas algunos excedentes para la venta.

Creciendo la aldea se consolida la tendencia a configurar manzanas y el incremento del sector terciario conlleva a la diferenciación de estratos socio-económicos. El gobierno municipal edifica una escuela *moderna* en bloques o placas de cemento fabricados in situ, pilotes o losa de piso en concreto armado y tejas industriales; sigue un puesto de salud, una casa comunal (centro comunitario) o un centro de acopio de pescado o productos

agrícolas, con su muelle y escalera de acceso; al mismo tiempo se van construyendo casas en estos materiales.

La persistente difusión de las tecnologías importadas, verifica que a través de sus programas de inversión, las entidades del Estado ejercen una influencia definitiva en la transformación de los prototipos constructivos endógenos, convirtiéndose en un factor de cambio importante.

Casos ejemplares son: en el municipio de Tumaco, sobre la carretera que conduce a Pasto, el caserío Juan Domingo, con 125 casas y unos 540 habitantes en 1992; en el Atrato Medio, Tagachí, con unas 130 casas y menos de 700 moradores; en la costa de Nuquí, Jurubidá, con cerca de 450 habitantes y unas 100 casas en 1990; en el Cauca, Coteje, que contaba en 1994 alrededor de 110 viviendas, habitadas por menos de 500 personas.

Cabeceras Rurales

Se trata de aldeas mayores y demográficamente dinámicas que adquirieron cierto peso en el intercambio de la producción y la prestación de servicios a los habitantes de un territorio amplio. Éstas incluyen diversos núcleos de vereda, vecindarios rurales y aldeas, articulados en un tramo de un río, una zona costera o una franja de poblamiento constituida a lo largo de una carretera.

Con frecuencia tienen la categoría de Corregimientos regidos por un Inspector de Policía, designado por el Alcalde del municipio y con potestad para intervenir en asuntos administrativos sencillos, tales como hurtos de menor cuantía, disputas entre vecinos y parientes por asuntos relacionados con la delimitación y posesión de solares residenciales, permisos para el funcionamiento de tiendas y cantinas, y la celebración de bailes rentables. Sin embargo, alcanzando una fase de desarrollo superior, las cabeceras rurales más pujantes demográfica y económicamente, adquieren la morfología y las funciones de un pequeño centro urbano y tienden a desempeñar el papel de Polos de Cuenca o Comarca. Entonces pueden ser elevadas al nivel de cabeceras administrativas de un nuevo municipio, dando un salto cualitativo, como ocurrió recientemente con Bojayá (Bellavista), Vigía del Fuerte, Docordó o Managrú.

La mayoría de estos asentamientos presenta un trazado sencillo, definido por calles y manzanas, aunque en algunos casos la trama urbana es bastante elemental. Un centro de salud atendido por una enfermera permanente y un médico ocasional, dos o tres escuelas de primaria, una casa comunal y una inspección de policía rudimentaria, configuran un equipamiento comunal y administrativo mínimo que permite satisfacer la demanda de servicios básicos de los habitantes del territorio que influyen. Además, un conjunto de tiendas, graneros y uno que otro almacén especializado, los abastecen con víveres, ropa y algunos insumos destinados a la producción primaria.

La transformación en centro administrativo de un municipio, propicia la construcción de varias edificaciones modestas destinadas a la gestión estatal local; aunque en muchas ocasiones la Alcaldía y sus distintas dependencias, el hospital, la concentración escolar y Telecom, funcionan en espacios precarios y poco adecuados. También fomenta una prosperidad relativa del comercio y de pequeñas empresas de transformación artesanal; en la calle más importante del poblado se instala una sucursal de la Caja Agraria o de una cooperativa, surgen aserríos o carpinterías y se ofrecen servicios técnicos de mantenimiento o reparación de equipos sencillos (motores fuera de borda, motosierras, radios), se adecuan en las casas locales para tiendas y algún almacén para la venta de confecciones, miscelánea, utensilios domésticos, tejas y cemento, y diversas herramientas de trabajo.

No obstante, la oferta de bienes y servicios es deficiente, en cobertura y calidad, y los moradores se ven obligados a desplazarse, en canoa de motor, barco, buses de escalera o taxis colectivos, hasta los centros de influencia regional más próximos, para buscar atención médica y hospitalaria, comprar mercancías de poca demanda en la cabecera rural o hacer gestiones de orden administrativo en oficinas estatales de nivel departamental o en dependencias descentralizadas del gobierno nacional.

La diversificación de las actividades laborales que implica el crecimiento del sector terciario, perfila la segregación espacial de las funciones urbanas por medio de un sector central donde se distinguen una o varias calles destinadas a usos combinados residencia-comercio e institucionales, y de la configuración de agrupaciones de vivienda con características tecnológicas y formales distintas a las habituales. Aunque persiste el reconocimiento de familias e individuos por sus apellidos (linaje) y origen, y se mantienen los vecindarios de parientes, se asoma la noción de *barrio* ligado a clase o grupo social diferente; de esta manera la comunidad pierde gran parte de su identidad y solidaridad colectiva. La vivienda adquiere el atributo de sitio de trabajo, se vuelve rentable y complementa los ingresos familiares, su construcción incorpora numerosos elementos modernos.

Entre las cabeceras rurales con estructura física más sencilla están: Cajapí del Mira, con cerca de 110 viviendas y 500 residentes; en el Litoral Norte se destaca Cupica, agrupando 161 viviendas y 720 habitantes; Pie de Pató en la cabecera del Alto Baudó, que en 1993 reunía menos de 1.600 habitantes; en la comarca de Guapi, San Antonio de Guajuí, con menos de 200 casas y unas 600 personas; en el río San Juan se registran Noanamá y Docordó, la primera con cerca de 100 viviendas y unos 340 moradores, la segunda llegando a 900 habitantes.

Ejemplos ilustrativos de aquellas cabeceras más extensas y con características de pequeños centros urbanos son: en Nariño el poblado de Chajal con 307 casas y 1.811 habitantes, en 1992; Yuto aproximándose a 400 casas y 1.900 habitantes; en la zona costera limítrofe con Panamá se ubica Juradó donde el Censo de 1993 registró casi 2.300 individuos; El Valle (municipio de Bahía Solano) con cerca de 1.900 habitantes residiendo en 355 casas en 1994. En el litoral Sur se encuentra El Natal, con 300 casas y 1.625 personas.

Algunas poblaciones como Timbiquí y López de Micay próximas a 2.500 y 4.000 habitantes respectivamente, tienden por su dinámica y funciones a situarse en la categoría superior. No obstante sus equipamientos colectivos no están a la altura de sus funciones.

Polos de cuenca o comarca

Generalmente son cabeceras municipales en tránsito hacia la categoría de ciudades pequeñas, con dominio sobre un río y su cuenca, una comarca costera o una zona conectada por un camino carretable. Concatenan en su entorno varios corregimientos y aldeas con sus zonas productivas, conformando *confederaciones aldeanas* que interactúan con otros subsistemas similares y con los polos de influencia regional. En muchos casos estos subsistemas y sus áreas rurales configuran subregiones geo-económicas que pueden cobijar varios municipios o zonas importantes de ellos.

De acuerdo con los registros del DANE y el SEM, en 1993-1994 oscilaban en una escala amplia de tamaños, que incluía desde 1.000 hasta 11.000 moradores, lo cual confirma el peso del papel en la administración del territorio y en el intercambio de bienes y servicios frente a la cantidad de sus moradores.

Están dotados con un equipamiento sencillo, acorde con sus funciones como centro administrativo de escala municipal y polo de servicios terciarios diversificados: Alcaldía, Inspección de Policía, Notaría, Juzgado, Registraduría, a veces reunidos en un *Palacio Municipal*; varias escuelas, dos o tres colegios de bachillerato clásico o técnico; distintas dependencias descentralizadas del nivel nacional o regional (Inderena, PNR, Idema, Codehocó o CVC); una sucursal de un banco o de la Caja Agraria, o de una cooperativa; oficina de Telecom, el Hospital de nivel local u *hospitalito*; tiendas diversas y almacenes con cierta especialización; uno o dos parques, canchas de deportes; una o dos iglesias y un cementerio.

En el sector central y en el pericentro, el trazado afirma la retícula ortogonal y la división en predios pequeños de tipo urbano, donde la construcción deja únicamente libre un patio posterior o central; pero hacia la periferia se extienden digitaciones o núcleos residenciales de origen reciente con características semirurales y marcada persistencia de los rasgos aldeanos: espacios entre casas sin ocupar, destinados a actividades agrícolas; solares residenciales amplios que admiten cultivos y cría de marranos; calles o senderos apenas esbozados; vecindarios de linaje.

Según Censo de 1993, de acuerdo con el número de habitantes, se consideran Polos de cuenca o comarca las siguientes poblaciones: Barbacoas con 8.668 habitantes, Bocas de Satinga (Olaya Herrera) con 4.968, El Charco con 4.087, Guapi con 9.927, La Tola con 1.082, Istmina con 11.344, Lloró con 1.666, Nuquí con 2.642, Pie de Pató (Alto Baudó) con 1.569, Pizarro (Bajo Baudó) con 5.229, Puerto Merizalde (sin datos), Puerto Mutis

(Bahía Solano) con 2.665, Ríosucio con 4.554, Iscuandé con 1.323, Tadó con 6.932 y Vigía del Fuerte con 1.279.

Epicentros regionales

Nos referimos anteriormente a Quibdó, Tumaco y Buenaventura por ser polos subregionales con influencia y atracción sobre una serie de asentamientos menores. Estas tres ciudades presentan los mayores grados de desarrollo y complejidad en la red urbano-regional; las dos últimas cumplen el papel de cabeceras de los municipios que llevan su nombre, mientras que la primera es capital del departamento del Chocó. Económicamente son centros de intercambio y transferencia de las materias primas hacia las metrópolis nacionales que influyen el territorio regional, que con distintos niveles de especialización socio-productiva están afectados por movimientos migratorios y pendulares intrarregionales significativos y por una gran demanda de servicios diversos.

El Puerto de Buenaventura, con cerca de 190.000 habitantes censados en 1993, y alrededor de 300.000 hoy en día, es el centro urbano de mayor importancia en la región. Su radio de atracción e influencia se extiende desde Bahía Solano hasta la bahía de Guapi. La ciudad de Quibdó, que contaba alrededor de 68.000 habitantes en 1993, influye la cuenca del río Atrato. El área urbana de Tumaco presenta características similares a las de Buenaventura, aunque es de menor tamaño (unos 71.400 habitantes en 1993), y su área de influencia territorial es proporcionalmente más amplia.

Epicentros Externos

Los principales epicentros que se ubican en esta categoría son:

La ciudad de Pasto, principal centro urbano del sur del país, avasalla un espacio bastante amplio extendido hasta la costa nariñense, capta gran cantidad de productos y servicios para distribuirlos en su área de influencia.

Cali, metrópoli regional del Sur-occidente, subyuga las zonas costeras de los departamentos de Nariño, el municipio de Buenaventura y un corredor fluvial que involucra al río San Juan hasta la altura de la población de Istmina (Chocó).

El área metropolitana de Medellín opera sobre la parte central del Chocó y hacia el Golfo de Urabá, influyendo decisivamente en la cuenca del río Atrato y la parte alta de la cuenca del río San Juan.

Desde el Noroeste de Antioquia incide Turbo, puerto marítimo con 32.500 habitantes en 1993, que depende de Medellín y domina la zona norte del río Atrato.

IMPORTANCIA Y EVOLUCIÓN DE LA RED ALDEANA

La dimensión y vigencia de la red aldeana y sus categorías demográficas se registran con precisión en los listados elaborados por los fumigadores itinerantes del Servicio de Erradicación de la Malaria, entidad que operó hasta mediados de la década de los 90. Durante el periodo 1990-1994 en las 30 jurisdicciones municipales de los cuatro departamentos que tienen costas sobre el Océano Pacífico, excluyendo las cabeceras administrativas, anotaron cerca de 4.399 localidades rurales de todo tipo y magnitud, que albergaban alrededor de 426.735 habitantes distribuidos en 102.299 viviendas. Separando los hábitats dispersos y las cabeceras municipales se identifican 2.398 localidades que agrupaban más de tres viviendas y configuraban las constelaciones de aldeas y núcleos de vereda o corregimiento.

Es notable la proliferación de núcleos preurbanos y de aldeas pequeñas, pues la mitad de las aglomeraciones tenía menos de 20 casas; aproximadamente la cuarta parte contaba entre 20 y 40 viviendas, y sólo se observaron cinco asentamientos superiores a 300 viviendas.

La trayectoria demográfica y física de las distintas categorías de poblados, su morfología urbanística y la arquitectura de la vivienda, tienen una correlación con las particularidades de su entorno natural y dependen en gran parte de los recursos que éste proporciona al habitante. También es evidente que la persistencia de las modalidades de apropiación del suelo residencial y productivo fundamentadas en la herencia y el desmonte de tierras sin uso y la estructura particular de la familia, inciden de manera definitiva en las características formales y espaciales de estos asentamientos humanos.

Destaca la evolución progresiva de diversas aldeas hasta su conversión en pequeños centros terciarios, al servicio de ámbitos comarcales. En su transformación actuaron el crecimiento poblacional por multiplicación de los hogares parentales, la diversificación de la producción agrícola y forestal, y la vinculación creciente de los moradores a actividades comerciales y administrativas estatales de segundo o tercer orden.

Estos factores suscitan y dinamizan las demandas de la población radicada en los caseríos y hábitats dispersos vecinos, articulan los territorios locales al mercado y a la economía nacional, provocando una diversificación social y laboral ascendente que favorece la segregación de los municipios existentes y la constitución de nuevas cabeceras en los mismos.

Al aumento demográfico de los últimos 50 años corresponden el poblamiento de nuevas áreas, el incremento del espectro productivo, y la ampliación de las fuentes de supervivencia e ingresos familiares; aunque la economía continúa apoyándose principalmente en el sector primario. Se mantiene viva la producción agrícola de plátano o arroz, incentivada por el consumo urbano; las prácticas de recolección se extendieron, según las vocaciones agrológicas, a la palma de naidí, el chontaduro, los moluscos del manglar. La minería del

oro y del platino presenta dos formas: arcaica y popular una, mecanizada y con inversiones foráneas, la segunda. En el litoral pequeños enclaves de agroeconomía capitalista generaron unas pocas empresas pesqueras, camaroneras o de palma de aceite. Las décadas más recientes vieron un incremento de las actividades forestales y la multiplicación de los aserríos procesadores de maderas que conforman lo esencial del sector secundario.

Con los cambios económicos y espaciales los poblados parentales se han ido despojando de los rasgos característicos de las comunidades domésticas que los originaron, estableciendo vínculos definitivos con el sistema capitalista dominante y evolucionando hacia comunidades campesinas modernas. En el conjunto de asentamientos vinculados a los centros locales más desarrollados, prosperan modelos sociales y de organización espacial exógenos y diversos elementos del modo de vida urbano. En consecuencia, se producen alteraciones significativas en las modalidades tradicionales de distribución de los solares residenciales y en el manejo de los espacios de carácter público, que culminan en rupturas de los tipos autóctonos de organización urbanística y arquitectónica. Asimismo evolucionan las modalidades de construcción y los patrones estéticos y formales de la vivienda.

Villorrios y aldeas perduran y se desarrollan mientras se mantienen las circunstancias que los gestaron e impulsaron; cambiando éstas, se modifica su trayectoria demográfica y su rumbo espacial y social. Los afectan particularmente diferentes eventualidades y factores adversos: unas amenazas provienen de su localización y forma de inserción en el medio natural, o del movimiento de la sociedad y su economía; otras se originan en sus relaciones con el sistema urbano nacional y en el estado de violencia crónica que padecen algunas zonas rurales.

Si se debilita la fuente productiva y de ingresos familiares que fortaleció y sustenta al poblado, éste decae y puede desaparecer. Por ejemplo, cuando se estanca el aserrío, fracasa la empresa agrícola vinculada al asentamiento parental, o termina abruptamente un programa estatal de desarrollo social y agrícola que incentivó el cultivo del arroz, el coco y el borojó, o la pesca artesanal. Entonces una fase de relativa prosperidad económica es sustituida por un retroceso que suscita la emigración de numerosos jóvenes, a veces de familias enteras, para buscar trabajo en los epicentros regionales, los pequeños centros urbanos locales o en las grandes metrópolis nacionales con influencia en la región.

En los últimos años 10 años, particularmente en algunas comarcas, a los movimientos migratorios se sumaron continuos desplazamientos forzados, masivos o de nivel familiar, generados en la expulsión violenta de campesinos por grupos armados de distinta índole e intereses que se disputan el dominio del territorio. Olas periódicas de los mal llamados *desplazados* hinchaban las zonas periféricas urbanas, se acomodan provisionalmente en un estadio, en campamentos precarios, en una escuela de la cabecera municipal o en casas de parientes residentes en otros poblados, esperando un posible retorno, para el cual con frecuencia no se dan las condiciones necesarias. Los casos más notables y recientes son los de Nabugá, localizado en las costas del municipio de Bahía Solano, Juradó, sobre la frontera con Panamá, y el éxodo producido en el Atrato Medio.

En numerosas ocasiones fenómenos naturales como inundaciones, avalanchas, maremotos, deslizamientos de tierra y terremotos, que averían seriamente las casas y arrasaban el espacio público y el entorno productivo, o significan alto riesgo para los moradores, actúan como factores de expulsión de la población. De modo que unos caseríos periclitaban definitivamente, mientras que otros se reubicaban y comienzan en otro sitio, quizá en condiciones diferentes, un nuevo ciclo de desenvolvimiento. También la ejecución de grandes proyectos estatales o privados, puede operar importantes mutaciones en las modalidades tradicionales de ocupación y ordenamiento del territorio, y en la configuración de las constelaciones aldeanas que son afectadas.

Todos los eventos señalados se traducen en una permanente redistribución de la población, que se expresa en recomposiciones de las redes aldeanas y del sistema urbano tradicional.

LOS VECINDARIOS PARENTALES

Uno de los fenómenos socio-espaciales más característicos de los caseríos es la configuración de zonas claramente diferenciadas, donde se agrupan exclusivamente los descendientes directos de los primeros ocupantes de la localidad y personas foráneas establecidas con ellos mediante uniones conyugales. De esta manera constituyen *vecindarios parentales* o *barríos de linaje*, cuyo número y extensión dependen de la dinámica demográfica y de la disponibilidad de terrenos en los predios originalmente apropiados por las parejas fundadoras. Como se indicó, estas congregaciones de parientes se delimitan en la fase de hábitat disperso por medio de la repartición de pedazos del predio original entre la prole, y se estructuran a medida que ella se multiplica y crece la demanda de solares para vivienda. Así, cuando el núcleo veredal alcanza el umbral de 20 casas se pueden identificar, según el caso, dos o tres vecindarios, donde quedan algunos sitios libres disponibles para casas.

Dos factores principales, de orden socio-cultural, inciden decididamente en la configuración del vecindario consanguíneo:

La tradición de otorgar anticipadamente, *en vida*, la herencia a los hijos o nietos y hasta a los sobrinos, para proporcionarles tierras de labranza o solares para la casa cuando conforman nuevos hogares. Juana Camacho (1999) en su investigación sobre el Golfo de Tribugá señala que en las familias negras de la costa chocoana se hereda de padre y madre, y constata esta costumbre, que también examinamos en Bahía Solano: «La asignación del patrimonio se debe hacer en vida, de manera personal y a través de la palabra con el fin de minimizar los conflictos entre los hijos por la herencia. La repartición en vida permite a los hijos empezar a trabajar sus parcelas y organizar su producción agrícola independientemente.»

La solidaridad ancestral que conlleva a parientes y compadres a *vivir cerquita para acompañarse* y apoyarse mutuamente en las labores productivas y domésticas, así como en la crianza de los niños.

El fenómeno tiene su máxima expresión en aldeas menores demográficamente pujantes que cuentan con 40 ó 50 viviendas, como es el caso de la playa de Huina (Bahía Solano) que en 1998 presentaba seis núcleos diferenciados, reconocido cada uno de ellos como propiedad de un grupo familiar descendiente directo de la pareja que fundó la playa a principios del siglo.

No obstante, en el seno mismo del vecindario, en su dinámica humana y en el fortalecimiento de los lazos de parentesco, está implícita su contradicción: el terreno patrimonial es limitado y llega un momento en que la demanda constante de solares por motivo de alianzas matrimoniales agota las posibilidades de reparto de la herencia. Entonces los miembros más jóvenes de la familia extensa ya no pueden construir cerca al padre, la madre, la abuela o el abuelo; se ven obligados a trasladarse a predios alejados del núcleo parental original, cedidos por un pariente consanguíneo o por un *pariente político*. Contribuye a tal desmembramiento espacial la presencia de agentes externos que suscitan la compra-venta de terrenos, introduciendo rupturas en el modo dominante de acceso a los solares residenciales y reduciendo las oportunidades de los nativos, quienes a veces tienen que pagar el solar de la casa a un pariente que abandona el sistema de herencia y de cesión gratuita.

En las poblaciones de mayor tamaño y complejidad, como Nuquí o Puerto Mutis (Bahía Solano), se van desdibujando los *barrios de linaje*. En las ciudades el grupo parental intenta reproducir el vecindario familiar en unas condiciones distintas y muy adversas para la reunión de varios hogares consanguíneos en un mismo predio. En primer lugar han cambiado las modalidades de acceso al suelo residencial, y ya no es posible adquirirlo a través de la herencia o cesión de un familiar. *Es preciso comprar el lote a un extraño, invadirlo o hacerlo* practicando un relleno en zonas de bajamar, al borde de un estero o al pie de un caño urbano. En segundo lugar, el intento de transposición urbana del vecindario parental aldeano en un loteo catastral urbano de reducidas dimensiones, actúa en detrimento de las condiciones de habitabilidad por medio del incremento de la densidad y de manifestaciones marcadas de hacinamiento.

En Tumaco, Quibdó o Buenaventura, la parentela se avecina en un barrio o sector urbano con fuerte presencia de migrantes del mismo río o zona; según las posibilidades se distribuye en una manzana o en varias manzanas cercanas, a veces se reúnen dos o tres familias en un predio pequeño, previsto para alojar únicamente un hogar. En estos casos operan redes parentales y de paisanaje de ayuda y solidaridad que se extienden a diversas zonas de la ciudad y cobijan grupos sociales distintos; sin embargo estas prácticas no son exclusivas de las familias afrocolombianas.

En las metrópolis externas que influyen la región, en estudios como el de Fernando Urrea (1999) sobre Cali, se descubre el papel destacado de dichas redes en la concentración de población afrocolombiana en unos sectores urbanos originados en *tomas* de hecho de terrenos ociosos. Refiriéndose a la tipología de familias migrantes de la costa Pacífica en Cali, este investigador afirma:

El parentesco no es otra cosa que el sentido de pertenencia a un grupo de origen, según las prácticas de filiación y adscripción que operan en el orden sociocultural. Pero más que un grupo doméstico ampliado o extenso, con una organización bien delimitada y en donde el parentesco funciona bajo pautas precisas, puede ser útil la idea de red en el sentido de grupos fluidos de parientes bajo la modalidad de distintas unidades domésticas en varias generaciones y ciclos de vida que, sin compartir un espacio sociogeográfico próximo, están unidas por alguna clase de nexos de parentesco.

HÁBITATS DE COMUNIDADES ABORÍGENES

Los hábitats modernos de estas comunidades se manifiestan en forma de pequeñas unidades productivas dispersas, de viviendas familiares aisladas y de caseríos ubicados sobre taludes altos y secos de los ríos.

Los tambos dispersos se localizan con frecuencia varios metros adentro de la ribera, en una pequeña eminencia que domina el río, y permite gozar a sus moradores de una doble vista sobre el tramo alto y el tramo bajo. El *abierto* que configura el solar tiene una forma semicircular de unos 20 ó 30 metros de diámetro y deja espacio para las labores domésticas; aledaños se hallan platanales y sembrados de yuca o maíz. Una quebrada limpia muy cercana a la casa proporciona el agua para el uso doméstico, el lavado de la ropa y el aseo cotidiano; en la orilla del río las canoas definen el *embarcadero*.

En una explanada o *claro* se pueden agrupar dos o tres tambos pertenecientes a hogares emparentados, o a una familia extensa separada por hogares consanguíneos en casas vecinas, distanciadas cinco o diez metros unas de otras. Igualmente se pueden detectar estos nexos familiares en tambos aislados ubicados en un amplio y poblado tramo de río.

Por su volumen demográfico y sus dimensiones, los caseríos se sitúan en las primeras categorías de la tipología urbano-aldeana: unos reúnen menos de diez hogares, muchos alcanzan 20 a 30 tambos y excepcionalmente agrupan alrededor de 100 familias.

En los ríos San Juan, Atrato, Baudó, Chorí, Juribidá y Nuquí, se observan dos tipos de hábitat nucleado. El primer grupo corresponde a caseríos pequeños localizados sobre mesetas altas delimitadas por un río y una quebrada, donde las moradas se ubican alrededor de un

espacio abierto central, que tiende a ser de forma circular; el perímetro externo está delimitado por rastrojos *tallos* y *derribados*, con cultivos familiares de plátano, maíz, yuca o caña. El segundo grupo está integrado por poblados extensos y de forma lineal, con una o dos calles, que pueden ser asimilados a la categoría de aldeas menores o cabeceras rurales.

LA VIVIENDA, SU TECNOLOGÍA Y ARQUITECTURA

En los hábitats dispersos y en los centros poblados más característicos, los modelos formales y tecnológicos de la vivienda transitaron desde un dominio de las modalidades de construcción autóctonas, hacia su modernización por medio del empleo de materiales de procedencia industrial y de técnicas exógenas. En el transcurso de más de 150 años, en distintos momentos y en ciertas condiciones que lo propiciaron, las comunidades fueron adoptando nuevos materiales y técnicas de construcción.

Se configuraron así tres prototipos arquitectónicos básicos: autóctono, tradicional y moderno. Sin embargo, el paso de un modelo tecnológico al siguiente generó unos tipos de transición que combinan elementos del modelo que tiende a sustituirse con elementos de aquel que se está introduciendo. Ahora bien, cada uno de esos prototipos formales y constructivos ha sido objeto de una evolución que se articula a cambios culturales y económicos.

Pero antes de entrar a examinar la manera como se fue modificando la morada autóctona para llegar a los patrones y modelos vigentes actualmente en los campos o en los centros urbanos del Pacífico, es necesario insistir en unos factores que consideramos imprescindibles para entender los cambios producidos en los siglos XIX y XX.

Por doquier en la región, *el único objeto arquitectónico vernáculo es la vivienda*, pues la arquitectura tiene por objetivo prioritario y exclusivo el albergue del habitante. En la fase primaria de un asiento gregario *todas las edificaciones son casas*, y sólo surgen construcciones con otro destino cuando del crecimiento del asiento nacen necesidades colectivas y se producen irrupciones arquitectónicas y tecnológicas externas con *objetos importados*, como pueden ser la capilla, la escuela o el puesto de salud.

Se señaló atrás que los rasgos arquitectónicos de la vivienda rural afrocolombiana, dispersa o nucleada en caseríos, están muy marcados por su localización geográfica, los condicionantes del medio natural cálido y húmedo, la estructura particular de la familia y el desarrollo de la producción agraria.

Durante siglos la morada no fue más que un techo, un albergue de duración efímera y un bien de uso desechable y sin ningún valor comercial. Más tarde, la división social del trabajo y la incipiente estratificación social resultante, generaron una ideología de la vivienda. Se pasó de la necesidad a la aspiración, de lo semejante a lo diferente, y finalmente

del bien de uso al bien de cambio. Lo anterior significa que el abanico tipológico de la vivienda es proporcional al grado de división del trabajo y la consiguiente complejidad social de un asentamiento.

LOS MODELOS AUTÓCTONOS

La vivienda aborígen

Las moradas de los aborígenes ya sean nucleadas o aisladas, conservan hoy en día las características del tambo ancestral, siendo un excelente ejemplo de la adaptación de una edificación a las condiciones del medio natural. Los elementos esenciales de la construcción son los pilotes altos que la protegen de posibles inundaciones, la plataforma del piso, que generalmente es de planta cuadrada u octogonal, y el gran techo cónico construido con hojas de palma, que desborda ampliamente la plataforma del piso y desciende hasta cerca de uno o dos metros de ella.

No existen paredes exteriores y excepcionalmente se encuentran algunas divisiones internas. En el texto sobre los Hábitats Aborígenes, Jacques Aprile-Gnisset (1987) señala: «La casa es *transparente*, el ojo la atraviesa y llega hasta las casas vecinas, las áreas públicas, el entorno agreste, el río y el mar lejano. Además de las comunicaciones visuales, la casa *transparente* con su amplio alero, elimina olores, humos y humedad, garantiza frescura y ventilación y mantiene una iluminación suficiente sin luz directa».

En los caseríos de origen reciente se observa la transferencia del modelo rural sin búsqueda de mayor privacidad en el interior, la casa mantiene las relaciones directas con el entorno agreste y el vecindario.

La estructura portante es doble, pues disocia los componentes que soportan la cubierta de aquellos sobre los que se apoya la plataforma de piso. El proceso constructivo se inicia con la estructura de la cubierta, hincando en el suelo cuatro postes u horcones altos en maderas duras, generalmente en guayacán negro, que forman un cuadrado de 4 a 5 metros de lado; encima se colocan las vigas o soleras de techo, y se continúa con un cono de varas en palos redondos de poco peso pero muy resistentes. Sobre éstos, empezando a la altura del alero y subiendo en círculos concéntricos hasta llegar a la cúspide, se fijan las cintas de bambú o las varas delgadas, que reciben el tejido de hojas de amargo.

El techo cónico es casi siempre circular, pero puede presentar cuatro aguas con aristas redondeadas. La cúspide termina en punta, en forma redondeada o tubular, y según el caso el vértice se cierra con un elemento circular en hojalata o zinc, con una cerámica o con un caballete, sin dejar ningún hueco superior de iluminación o ventilación. En unos casos el alero se prolonga sobre un lado para cubrir una cocina o barbacoa adosada.

Culminado *el paraguas* de la cubierta se levanta la plataforma de piso sobre pilotes cortos que sobresalen del suelo unos 2 metros, y que según el tamaño de la vivienda varían entre 16 y 35. La plataforma es de forma cuadrada o rectangular y sus lados oscilan entre 5, 6, 7 y 8 metros, se arma sobre vigas soleras que se apoyan directamente en los pilotes y reciben los *estrambutes*; un tendido de esterillas de palma *de chonta* abierta configura el piso. Generalmente la superficie útil bajo cubierta fluctúa entre 36 y 50 metros cuadrados y es aprovechada como un espacio único de múltiples usos diurnos y nocturnos, por una familia nuclear que raramente pasa de cinco o siete miembros.

Los diversos componentes de la estructura y la cubierta se ensamblan por medio de *cajas* abiertas a machete, y se sujetan entre sí con bejucos de distintos diámetros y resistencia o pitas hechas con fibras vegetales. En ningún caso se ha registrado el empleo de clavos.

El tambo presenta tres niveles superpuestos. El primero, a ras del suelo y debajo de la casa, está generalmente sobreelevado 1.5 ó 2 metros; allí duermen los perros, se instala el gallinero o la marranera, se guardan herramientas, canoas y leña para cocinar. El segundo, o intermedio, entre el piso y las vigas de la techumbre, es el principal; allí se concentran todas las actividades cotidianas y de relación familiar y de vecinos; es un espacio abierto y sin separaciones interiores, al cual se accede por medio de la escalera tradicional en un tronco con muescas. El tercer nivel corresponde a la zona posterior, donde está el fogón sobre el piso o en una plataforma-mesa, aislado con hojas y tierra arcillosa; identifica el espacio de la cocina, de unos 4 ó 5 metros cuadrados de superficie; el resto del espacio cubierto corresponde al estar y en la noche el dormitorio se concentra en la parte central. El entechado recibe un altillo, el zarzo, a veces con piso en esterillas, formando la planta superior: allí se guardan enseres, canastos, ropa, víveres y productos agrícolas, utensilios, herramientas, etc.

A veces por medio de plataformas en esterillas, levantadas ligeramente del piso y adosadas al borde exterior de éste, se delimitan espacios para dormir; en algunas ocasiones también se anexan barbacoas para cultivo de plantas medicinales y aromáticas.

En algunos lugares con marcadas influencias externas provenientes del clero evangelizador, de agentes institucionales, o de maestros y maestras afrocolombianos o mestizos, el modelo tradicional está sufriendo transformaciones que pretenden modernizarlo. En los poblados de origen reciente la arquitectura del tambo embera o waunana toma algunos elementos de la casa campesina afrocolombiana, como son: la estructura portante única, la techumbre a cuatro aguas, la planta ortogonal, el cierre progresivo de los espacios y la generalización de las paredes internas. No obstante, algunas transformaciones se produjeron desde tiempos atrás. Al respecto Robert West (2001) registra dos tipos de casas entre los aborígenes:

Las casas indígenas de hoy se parecen en muchos aspectos a las casas paradas en pilotes descritas por los cronistas. Denominadas tambos por negros y blancos, las casas indígenas son al parecer las casas de techo cónico y piso más o menos

rectangular o cuadrado, que se encuentran entre los waunana del bajo San Juan y el alto Docampadó, entre los chocó de la alta cuenca del Andágueda, y entre los indios de habla chocó de los altos Sinú y San Jorge en Antioquia. El segundo tipo tiene piso rectangular y techo de cuatro aguas de poca pendiente, cuyo caballete es paralelo al largo de las casas. Este segundo tipo es más común ahora: lo utilizan casi todos los chocó, los cunas de Chucunaque en el Darién y los cayapa en Esmeraldas. Según Nordenskiöld, la verdadera casa chocó es redonda y de techo cónico; los propios indios creen que el piso rectangular fue introducido por los españoles o por los negros. Tanto el tamboredondo como el rectangular se distinguen de la casa negra por la ausencia de paredes: la plataforma elevada sólo está protegida del viento y la lluvia por el techo de hoja de palma.

Volviendo a nuestros días, citamos el ejemplo de la aldea de Chori, en el municipio de Nuquí, donde construyeron una escuela y una casa para la maestra de planta rectangular, con cuarterones y tablas aserradas unidas con clavos, techo en eternit fijado con ganchos metálicos, con paredes y puertas en madera. Este núcleo de servicios elementales actuó como factor de cambio formal y tecnológico, pues se convirtió en modelo de referencia para algunos jefes de hogar. Surgieron después una casa de planta rectangular muy alargada con paredes en cañabrava y esterillas de chonta; otra destinada a cantina con cerramientos interiores y exteriores en tablas aserradas, y la fachada pintada con colores agresivos. Por último, combinando el modelo importado con el modelo ancestral, el jefe de la tribu edificó su casa conservando los pilotes altos que dejan libre la planta baja, la escalera de tronco con muescas, la doble estructura de piso y techo, y el espacio único abierto en sus cuatro costados, pero bajo un techo a dos aguas entejalita (eternit); ensambló los componentes estructurales y los cerramientos con clavos y construyó el piso en tablas aserradas. También nos llamó la atención en esta misma localidad una adecuación estética contemporánea: los techos en palma «motilados» en su parte baja para conformar una línea recta.

En su bello texto «Deará: La casa de los hombres», Luis Guillermo Vasco Uribe (1993) recuerda tambos de los chamí, emberas de montaña de Risaralda y Valle del Cauca, emberas del Saija o Noanamá del Micay: «[...] todos ellos con amplias modificaciones como resultado de los procesos de contacto y negación por parte del blanco o de adaptación a territorios de mayor altura sobre el nivel del mar que los de las tierras bajas del Pacífico».

Más adelante señala (Vasco, 1993):

El ejemplo de los blancos, la presión de los misioneros y otros agentes de la sociedad nacional en contra del hacinamiento y la promiscuidad de las viviendas embera, han obligado a éstos a introducir tabiques internos que dividen la casa en sala y cuartos y aíslan la cocina, estas divisiones también son de esterilla de guadua y tienden a ser muy bajas, a veces sólo hasta la mitad de la altura.

La tendencia a estos cambios en la vivienda también se registró en distintos caseríos de los ríos Atrato, Nuquí, San Juan, El Valle y Naya, donde la introducción de materiales y tecnologías foráneas está rompiendo las concepciones ancestrales sobre la arquitectura y reduciendo en alto grado las calidades estéticas y el confort ambiental que proporciona el tambo tradicional.

La casa pajiza afrocolombiana

En toda la región es notable la persistencia histórica del sistema tecnológico heredado de los aborígenes. En los *rancheríos de minas* de la Colonia española, los esclavos ocupaban chozas que edificaba para ellos la población nativa reducida a la condición de servidumbre. De esta manera, siguiendo las instrucciones de encomenderos o dueños de las minas, los materiales y la tecnología constructiva del tambo original, su volumen, forma y dimensiones, se adaptaron a las nuevas circunstancias. El techo cónico en palmiche se convirtió en cubierta a dos o cuatro aguas, la planta circular se volvió ortogonal y cuadrada, y se colocaron algunas paredes, pero se conservaron los pilotes altos para proteger la morada de las inundaciones, la humedad y los animales salvajes, dejando así un espacio útil debajo de la plataforma del piso.

Ya se indicó que durante la colonización agraria, que comenzó a mediados del siglo XIX, con frecuencia los descendientes de africanos construyeron su morada sobre este modelo híbrido y de síntesis étnica y cultural, cuyas principales características son: pilotes en troncos de palmas duras y estructura del piso o la techumbre en palos redondos con un procesamiento mínimo, ensamblados con *cajas* abiertas a machete y bejucos previamente remojados y trenzados; cubierta en hojas de palmas traslapadas y alternadas, colocadas sobre una malla de cintas en guadua; piso y algunas paredes en esterillas de palma o guadua; fogón de barro seco sobre una plataforma elevada y con los tres *tucos* de leña al estilo indígena; escalera tallada en un tronco grueso. Un espacio único donde se circula y vive con una cocina arrinconada.

Durante el siglo XX este patrón arquitectónico de raigambre indígena se fue regando en los poblados y en los campos. Su persistencia a lo largo de más de 150 años ha sido registrada y descrita por investigadores de distintas disciplinas. Recordemos los dibujos que hizo Manuel María Paz cuando alrededor de 1850 la Comisión Corográfica recorrió las provincias del Chocó, Barbacoas y Buenaventura, que muestran por doquier casas levantadas sobre pilotes, con techos pajizos y paredes en palmas abiertas o guadua.

Casi 100 años más tarde, el Tomo VI de la «Geografía Económica de Colombia», dedicado al Chocó y publicado en 1943, detalla una «vivienda campesina todavía más precaria, inconsistente e incómoda» que la urbana, de techo pajizo y sustentada sobre «zancos» hasta de un metro de altura, con una puerta central y escalera «de un sólo palo». Una pared interior de palma de chonta o de barrigona, «madera resistente pero muy

deteriorable por la humedad, que sirve al campesino chocoano para construir pisos y paredes», conformaba dos compartimientos: la sala, en uno de cuyos extremos se encontraba una tarima en palma, y la alcoba común para toda la familia, que cuando era muy numerosa se repartía en ambos espacios para dormir. Casi siempre separada del cuerpo principal de la construcción, y en forma de caidizo, se levantaba la cocina, con un fogón central, hecho de barro con piedras, muy grande, de baja altura y muy incómodo. Debajo de la casa se criaban cerdos, pero las autoridades de higiene chocoana estaban empeñadas en obligar a los dueños a que construyeran porquerizas independientes distantes de la habitación.

Hacia 1957 Robert West ([1957] 2001), en su libro «Las tierras bajas del Pacífico», relata: «Aunque las casas de los negros difieren de las de los indios en muchos aspectos, mantienen los rasgos aborígenes fundamentales: los pilotes, los materiales, las técnicas de techar y las características interiores».

West, describe un prototipo muy similar al anterior, estructurado sobre cuatro o seis horcones labrados en guayacán, con pisos en esterillas de palma barrigona o chontaduro abierta, paredes en el mismo material y techo a cuatro aguas con hojas de palmas de amargo, corozo o naidí, e indica que 25 años atrás, antes de que se consiguieran puntillas baratas, «todas las vigas y postes se amarraban con lianas, los postes y vigas se unían con lianas, al estilo indígena; una costumbre que aún se practica en algunas áreas aisladas».

Más adelante el mismo autor señala que este modelo también se encuentra en las afueras y en los barrios más pobres de los pueblos mineros y los centros urbanos; identifica asimismo el tipo de casa urbana *española* levantada en dos plantas con los materiales vegetales que había tomado algunos elementos de la arquitectura española, como los balcones sobre la calle, adornados con calados de madera y la escalera de acceso al segundo piso. La casa estaba parada sobre pilotes altos que permitían acondicionar un espacio útil debajo de la plataforma de piso para dedicarlo a almacén, espacio social u oficina, y en la segunda planta estaban las habitaciones. No obstante, el techo pajizo estaba siendo reemplazado por tejas de zinc y las esterillas en palma, por tablas aserradas mecánicamente.

En los años 60 Virginia Gutiérrez de Pineda (1975) afirma:

[...] la vivienda se adapta a las condiciones ecológicas: Se construye en la zona superhúmeda de la vertiente del Pacífico, sobre pilotes, típica casa india, que pasó al grupo blanco y al negro a través de la Mita Minera. Un gran cuarto constituye el cuadrilátero de la vivienda, que sirve de almacén, sitio de reunión, comedor, dormitorio y cocina. Carece de instalaciones sanitarias, servicio de agua y defensa contra los insectos, alumbrado eléctrico, y el menaje es reducido al mínimo. Ésta la vivienda estable, porque la temporal, construida en las rozas o en sitios de minería eventual, caza y pesca, es más rudimentaria. Tampoco está técnicamente equipada para

defender a su morador de inclemencias de su hábitat, clima, vegetación, vectores de enfermedad etc., ni para proporcionar las condiciones mínimas de confort y estímulos a la vida gregaria.

Virginia Gutiérrez de Pineda cita a Ernesto Guhl, que en 1949 (La Costa del Pacífico entre los ríos Naya y Dagua) opinaba:

La casa es un piso sobre cuatro palos y un techo dentro del cual hay ramas secas para asustar a las aves nocturnas. Una aglomeración de estas habitaciones es la cosa más antihigiénica y el foco de infección más grande. En su estilo primitivo no se distingue en nada esta casa de la de nuestros antepasados prehistóricos, con la única diferencia de que dentro de ella viven ciudadanos libres de un Estado moderno del siglo XX.

En 1958 Orlando Fals Borda y Ernesto Vautier anotaban con acierto, a propósito del uso de los materiales locales que «Es en gran parte un legado de los indios [...] la habitación misma del negro chocono es una adopción casi integral de la del indígena».

Veinte años más tarde, después de una larga estadía en África, con igual acierto, el misionero y antropólogo José Miguel Garrido (1985) escribía sobre la vivienda en Tumaco: «La arquitectura y distribución parece (sic) aborigen de Colombia y no africana. Hasta hace pocos años carecía de clavos u otros hierros. Sujetaban las maderas con bejucos o guaduas partidas en garabato para crear ganchos que se unían entre sí dándole consistencia suficiente».

En los últimos 15 años del siglo XX, los trabajos de antropólogos y geógrafos, como Nina Sánchez de Friedemann, Nancy Mota (s.f.), Odile Hoffmann (1998), Nelly Rivas (1999) o Juana Camacho (1999), estudios excepcionales de arquitectos, como el dedicado a la región de Urabá, y escasos trabajos de grado para optar el título en nuestras facultades, demuestran la larga persistencia del prototipo formal y tecnológico resultante de la hibridación de las culturas negra e indígena en la vivienda, que hemos denominado Autóctono. Es preciso añadir aquí que su soporte ideológico, radica en el principio de identidad mediante la unidad.

Hoy en día en muchos sitios costeros y fluviales de la región, la población rural levanta aún casas muy parecidas a las que fueron descritas por los funcionarios de la Contraloría General de la República en 1943 y por Robert West ([1957] 2001) en 1957. Las más típicas y sencillas consisten en un módulo básico que reúne bajo el techo pajizo una alcoba cerrada y un espacio de uso múltiple, al cual se adosan la cocina y una azotea rudimentaria. El tamaño, forma y volumen de este módulo evolucionan por medio de la anexión lateral o posterior de nuevos espacios de trabajo y descanso; el área de oficios domésticos se traslada a un espacio independiente, separado o adosado a la primera construcción, pero conserva los materiales originales.

La casa opera como residencia y lugar de trabajo, se prolonga en el entorno inmediato con los sitios destinados a la cría de gallinas y cerdos, la azotea o barbacoa de cultivos

caseros, el procesamiento elemental de los productos destinados al consumo doméstico, y se vincula directamente con el río o las quebradas donde toda la familia se baña y las mujeres lavan la ropa y los enseres de cocina.

La pobreza reinante, los altos costos de los materiales industriales modernos y las dificultades para su transporte hasta las aldeas y veredas, favorecen la resistencia del modelo autóctono. No obstante, la choza pajiza ha tomado el carácter de vivienda provisional o *de emergencia*, que construye una pareja mientras logra conseguir las maderas aserradas o los bloques de concreto.

Por otra parte, esta persistencia moderna del prototipo autóctono está acorde con el modo de desarrollo regional desigual del país, y comprueba en el hábitat la coexistencia nacional de varias etapas históricas y de varias formaciones socio-económicas. Este tipo persistente de morada, afianzado en viejas prácticas sociales, es por lo tanto un *producto cultural* de síntesis; pero su persistencia tenaz hasta hoy, *más que un hecho de cultura expresa un hecho adscrito a la economía*.

Resumiendo lo anterior, el modelo de morada aborígen, muy antiguo al parecer, persiste durante siglos; con el desarrollo económico y social de las aldeas entra en crisis y se modifica, presentando variaciones tipológicas que repercuten en una pluralidad tecnológica y arquitectónica de la vivienda actual.

Del rancho a la casa tradicional en maderas aserradas

Es una apertura hacia el exterior, generada por procesos económicos nuevos, la que estimula la adopción de nuevos materiales, técnicas y herramientas de construcción. Mediante la vinculación de los hábitats proveedores de productos para la exportación a la economía de mercado, sus moradores entran en contacto con localidades comerciales donde opera una renovación arquitectónica.

Asimismo, y correlativamente con el incremento de la circulación y movilidad de la población durante el siglo XX, en busca de oportunidades de trabajo y de estudio, los inmigrantes mestizos y los emigrantes nativos que retornan a sus lugares de origen, transfieren referencias estilísticas y constructivas foráneas, afectando las concepciones sobre la arquitectura de la vivienda y sus materiales. La irrupción de ideologías externas se traduce en transformaciones de orden cultural, que afectan primero a la familia típica y luego se expresan en cambios importantes en los modelos de organización territorial y en los valores arquitectónicos de las comunidades locales.

Es así como la introducción de la sierra vertical permitió labrar tablas, vigas y columnas de sección cuadrada, la importación de clavos indujo a reemplazar los amarres con lianas,

y la llegada de las tejas metálicas corrugadas a principios del siglo, fomentó la sustitución de los techos pajizos. Más recientemente actuaron como factores de cambio arquitectónico, la difusión de las láminas en asbesto cemento (eternit y tejalit) y la posibilidad de comprar cemento y emplear el hormigón armado. El desarrollo y mejoramiento de los medios de transporte y comunicación con las regiones vecinas y el interior del país, facilitó la importación de tan novedosos materiales.

Gracias a su localización en la red territorial de intercambios, algunos lugares salen favorecidos con estas innovaciones. Las transformaciones tecnológicas y formales se observan primero en los puertos marítimos o fluviales: Panamá, Buenaventura, Turbo, Tumaco y pocos años después en Quibdó y Guapi; luego se transmiten a los caseríos. Es decir, que cambia la vivienda en los poblados favorecidos por un cambio económico. Son localidades donde se produjo una mutación en la sociedad, con presencia de moradores beneficiados de estos adelantos por medio de su integración a la economía, quienes ejercen oficios nuevos, antes desconocidos. Y este logro lo proyectan hacia el exterior mostrando una casa diferente, más amplia y más alta, ornamentada en la fachada, de mejor factura y con mayor *esperanza de vida*. Además, cada familia aspira a tener una casa *buen*a, más durable y más resistente a la gran humedad del medio natural y a los ataques de insectos y hongos.

El paso de la casa pajiza a la casa de buena factura en maderas aserradas, que reconocemos como *modelo tradicional*, o de ésta a la vivienda en *material o de tipo moderno*, se produce de manera discriminada o escalonada, según la ubicación geográfica de los asentamientos y el momento de convergencia de los factores sociales y económicos que son necesarios para producir la ruptura del modelo hegemónico. Por ejemplo, en las zonas centrales de la ciudad de Quibdó y en los principales centros poblados del Chocó, la hegemonía del prototipo vernáculo fue sustituida hacia 1940-1945 por la vivienda tradicional en maderas aserradas y techo en zinc; mientras que en numerosas aldeas este cambio sólo se produjo 30 ó 40 años después, y hoy en día siguen surgiendo caseríos donde es exclusivo el rancho autóctono.

Según la Geografía Económica de Colombia, en 1943 la vivienda urbana chocoana era de *aspecto lacustre*, pues estaba construida en madera y zinc, sobre pilotes en guayacanes, que a veces alcanzaban hasta cinco metros sobre el nivel del río, los pisos se soportaban sobre travesaños gruesos y sólidos tendidos paralelamente, se empleaba la tabla en sus distintas formas, y las paredes se sujetaban con portaletes. Se distinguían dos subgéneros: la casa *de número*, de un sólo volumen, que conservaba unidad en la construcción de la sala a la cocina y la *dividida*, donde la cocina era independiente y conformaba una unidad adscrita al cuerpo principal. Debía *obedecer a líneas previas de demarcación urbanística y conservar cierta unidad de simetría y uniformidad, por lo cual aparentemente se diferenciaba de la campesina*, también levantada sobre pilotes y aún de techo pajizo, como se indicó anteriormente.

Durante los años 70 y 80 en las zonas rurales, fluviales o costeras, con mejores facilidades de comunicación se popularizaron las láminas de zinc, y en aquellas de más difícil acceso las tejas onduladas en cartón asfáltico se convirtieron en una alternativa para sustituir los techos en palmiche, pues se transportaban fácilmente, su costo era relativamente bajo y eran fáciles de instalar. Al mismo tiempo se intensificaron el corte de maderas con motosierra y la producción artesanal de piezas estructurales y tablas burdas para el piso y las paredes, ajustadas a las dimensiones y especificaciones comerciales. También se diversificaron las herramientas con que trabajaba el usuario-constructor; al machete y el hacha se agregaron el serrucho y el cepillo manual.

Con estos materiales y herramientas se transformó tecnológicamente el modelo vernáculo. El resultado final fue un nuevo modelo de *transición entre el rancho autóctono y la casa de buena factura en maderas finas* cuidadosamente construida. Aunque existen distintas variaciones en el tamaño y la forma de la construcción, este prototipo se distingue por presentar un volumen principal que aloja las alcobas y la sala, cubierto con tejas en cartón o láminas metálicas y con paredes en tablas aserradas, al cual se añade una cocina, que conserva el techo pajizo y generalmente está cerrada con esterillas o cañabrava. No obstante, en la mayoría de los casos la vivienda continúa siendo un rancho rudimentario y poco confortable.

Vale la pena recordar que la creación de numerosos aserríos en los ríos Atrato y San Juan fomentó el empleo de maderas aserradas artesanalmente y estimuló en muchos sitios la sustitución de la casa de tipo autóctono. Por una parte, el trabajo asalariado en la planta incrementó el poder adquisitivo de los moradores de su entorno; y por otra, los dueños establecieron un sistema de trueque de trabajo o de *trozas* por tablas y piezas estructurales, y vendieron *al fiado* en los *comisariatos* tejas industriales, clavos, tanques para agua y otros insumos para la construcción de vivienda, que cargaban en los barcos madereros que regresaban *vacíos* después de dejar la producción en los centros de distribución y consumo.

El *modelo tradicional* predominante hoy en día en las aldeas es muy semejante a la casa *dividida* de Quibdó en los años 40. Edificada sobre pilotes de distintas dimensiones según las condiciones del sitio, y techada a dos o cuatro aguas con tejas de origen industrial (zinc, tejalit, eternit), está conformada por dos cuerpos: el de la casa propiamente dicha, implantada sobre el frente del solar, y el que alberga la cocina, localizada en la parte trasera de la construcción, generalmente separada y unida por un puente en tablas.

La casa puede desarrollarse en una o dos plantas, y se construye por etapas sucesivas que dependen de las posibilidades económicas del propietario, quien en la mayoría de las veces es también el constructor, como de los aportes en trabajo que éste logre conseguir, ya sea por medio de la solidaridad (cambio de mano, minga, ayuda de familiares) o por medio del pago de jornales y de pequeños contratos por labores muy especializadas.

Cuando es de un piso, el proceso constructivo comienza por un núcleo básico, generalmente configurado por una o dos alcobas y un área de actividades múltiples que

está abierta. Según la disponibilidad de recursos se van agregando aposentos en la parte posterior del primer volumen, o a los lados, y se hacen las divisiones internas. Es frecuente que este proceso dure varios años, pero al final la familia cuenta con tres o cuatro alcobas, sala, comedor y una cocina separada; quizá también con un pequeño cuarto anexo a la *paliadera*, donde se dispone una taza sanitaria conectada a un tanque séptico. Un ejecorredor, central o lateral, une la fachada con la cocina y el patio posterior, comunicando todos los espacios entre sí.

Si la casa es de dos plantas, el dueño adecua primero un cuarto en el segundo piso y luego por medio de cerramientos sucesivos le va sumando nuevas habitaciones; por último ocupa la primera planta, donde casi siempre instala la cocina.

En ambos casos, lo primero que hace el constructor es alzar una estructura que le permita colocar la cubierta para protegerse de las fuertes lluvias o el inclemente sol.

En resumen, en el *modelo tradicional* se separaron y especializaron por funciones los espacios de residencia y de trabajo; se fueron integrando algunos elementos de tipo urbano, tales como el mobiliario importado, las estufas de petróleo, gasolina o gas, los cuartos de baño y los sistemas de saneamiento básico sencillos que están reemplazando el uso de las playas y quebradas. La casa se convirtió en lugar exclusivo para el desarrollo de la vida familiar y en un bien que expresa el ascenso o éxito económico del jefe del hogar y de su esposa.

No sobra aquí subrayar que la morada en vegetales tiene una duración que *varía entre cinco y veinte años*, según la calidad de las maderas, su resistencia y su comportamiento ante la humedad ambiente o la presencia de depredadores. El dueño sabe, por experiencia secular, que distintos sucesos y fuerzas naturales pueden destruirla: los rayos o la caída de un árbol durante una tempestad, marejadas o un maremoto en la playa, inundaciones o derrumbes del talud en el río, un vendaval o un prolongado aguacero diluviano, temblores o incendios originados en las cocinas o en los altares caseros alumbrados con velas o veladoras. Por esto, considerada por los moradores como algo percedero, la vivienda en madera es equivalente a la construcción sucesiva de varias casas durante la vida de una familia, con frecuencia hasta seis, aunque en distintos sitios de la finca o del solar aldeano.

El rancho en palmas se sustituye fácilmente, por lo cual su propietario espera a que esté a punto de caerse para construir otro. Pero la durabilidad que las tejas eternit o tejalit y su costo relativamente alto, transforman la costumbre de esperar a que la casa esté a punto de caerse para sustituirla; adquiriendo la casa la categoría de bien que debe cuidarse y es susceptible de ampliaciones y adaptaciones, el dueño hace un mantenimiento mínimo que prolonga su vida útil. No obstante se observan situaciones de negligencia que conducen rápidamente a la obsolescencia de la construcción y obligan al propietario a repetir la construcción encadenada de casas.

La vivienda moderna

En las aldeas y los centros urbanos menores, la modernización de la vivienda se manifiesta en:

- El empleo de cemento, tejas de origen industrial, ladrillos, baldosas y pisos cerámicos, enlucidos y pinturas de aceite. Transportados desde los centros comerciales externos en barcos de cabotaje, lanchas, camiones y hasta en avión, esos materiales resultan demasiado costosos para la mayoría de las familias nativas. En muchos sitios, construir con cemento también exige llevar desde muy lejos gravillas y arena, pues estos insumos son de difícil consecución y baja calidad. En los poblados marinos los constructores utilizan el *material de playa* que dejan algunas *pujas*, pero ello es poco aconsejable.
- La instalación de tazas sanitarias conectadas a pozos sépticos individuales y técnicamente deficientes, o a alcantarillados colectivos elementales que vierten las aguas negras directamente al mar o al río, y sin un tratamiento previo.
- En las poblaciones más pequeñas, la construcción de acueductos rurales bastante rudimentarios, pero distribuyendo agua a cada casa por medio de una llave única localizada en la *paliadera*. Mientras tanto, las cabeceras municipales se equipan con redes convencionales.
- La instalación de una planta colectiva de energía eléctrica para alumbrado nocturno durante unas pocas horas; en su defecto, en algunas casas se compra un generador de baja potencia, suficiente para el alumbrado eléctrico. No obstante, el funcionamiento de estos sistemas es intermitente y esporádico debido a los altos precios de los combustibles.

Vale la pena insistir aquí en un hecho reconocido: a medida que en las aldeas menores y mayores se hace más complejo el sistema productivo y económico y se diversifica el abanico social, la casa tradicional va perdiendo prestigio entre sus moradores y tiende a ser desplazada por construcciones de transición que incorporan cemento, hierro y gravillas, pero mantienen componentes portantes y de cerramiento en maderas aserradas artesanalmente. Por lo tanto, aparece otro prototipo de mutación, que combina componentes de los modelos tradicional y moderno. Este sistema mixto de materiales locales y de origen industrial, identificado como de transición *tradicional a moderno*, se ha convertido en referencia ideal para el mejoramiento de la vivienda aldeana, constituyendo un paradigma formal y tecnológico de rápida y amplia difusión. Este sistema presenta distintas modalidades, entre ellas las más generalizadas son:

- La casa de una planta en maderas se edifica sobre un basamento en concreto o se eleva sobre pilotes del mismo material.

- En la última fase de desarrollo de la vivienda de madera en dos plantas, se coloca en la planta baja un piso en concreto y cemento afinado, y se cierra la periferia con paredes en bloques o ladrillos apoyados entre las columnas de madera que sostienen la construcción.
- Se superpone una construcción en madera sobre una primera planta construida en mampostería de bloque de concreto.

No obstante, este salto hacia la tecnología moderna se articula a las posibilidades económicas de cada familia. Cabe anotar además que los dos sistemas tecnológicos que componen el prototipo híbrido suelen ser mal ensamblados y la construcción resultante es muy vulnerable a los sismos.

En los centros urbanos menores como Nuquí o Puerto Mutis, domina *la casa moderna* de una o dos plantas, construida en mampostería de bloques de cemento, placas de concreto o ladrillos cocidos y cubierta industrial, levantada sobre losas o pilotes en concreto; aunque persiste la vivienda de transición *tradicional a moderno* y no se descartan los ranchos rudimentarios en palmiche, que adquieren un carácter tugarial y de provisionalidad.

En cuanto a las modalidades de construcción, se observa que esta actividad deja de ser una de las múltiples labores de los moradores y se convierte en una tarea especializada que opera en el contexto de la división técnica y social del trabajo y se ajusta al régimen de contratos. La construcción va perdiendo el carácter familiar o solidario, tendiendo a desaparecer la ayuda mutua o *cambio de mano*. Generalmente la dirección y participación del propietario en la obra son sustituidas por la de un *maestro* u oficial de la construcción, quien en muchos casos aprendió el oficio durante un período migratorio a ciudades del interior.

La vivienda sigue un proceso de desarrollo progresivo, adelantado por etapas definidas por los recursos monetarios y humanos disponibles, asimilable al de la vivienda popular urbana en otras regiones.

En las ciudades más importantes de la región, la tipología arquitectónica dista mucho de los rasgos observados en aldeas y caseríos; sólo se registran persistencias testarudas y muy esporádicas de los modelos de origen rural, en familias de reciente migración o de escasos recursos económicos, que ocupan las zonas de bajamar o terrenos periféricos. En los ámbitos urbanos, el rancho primitivo en palma o zinc es una forma del tugarío.

Estética y dimensiones de la casa

En todos los tipos de vivienda descritos, las formas y volúmenes, al igual que los ritmos en las fachadas, no son resultado de una búsqueda estética o de una composición espacial que hace conscientemente el constructor de la vivienda. Por el contrario, resultan de respuestas

a necesidades concretas de espacio y de soluciones dadas a unos problemas de orden técnico, ya sea en la colocación de los materiales o en el conocimiento de sus especificaciones. No obstante, en algunas ocasiones, y sobre todo en las casas de *tipo tradicional*, de una o dos plantas, por medio del trabajo con rejillas, calados y barandas decoradas con pinturas de color, se producen efectos estéticos muy llamativos por su diseño y composición cromática.

Otras veces, el ojo del arquitecto descubre en el rancho pajizo, lo bello que el constructor ha logrado sin proponérselo.

Se identifican tres elementos generadores del tamaño y dimensiones de la construcción:

- El fenómeno de mutación rural-urbano y el reparto de solares residenciales entre los descendientes de los fundadores, generan en los vecindarios parentales un loteo de tipo urbano, con solares muy estrechos que obligan a una forma alargada de la vivienda. No obstante, en muchas ocasiones el lote permite privilegiar la extensión frontal mirando el río o la playa, pues subsisten algunos solares de transición, con huertas o cultivos de plátano, papachina, maíz o árboles frutales.
- Los cambios en la concepción de la vivienda. El desarrollo productivo suscita que el rancho de labores cambie de significado y se convierta en residencia; luego inciden modelos y concepciones externas y la casa pasa a ser un bien apreciado, que tiene un costo económico, y su ampliación contribuye al prestigio familiar.
- Las especificaciones técnicas de los materiales empleados. En la vivienda autóctona, las dimensiones son determinadas por el conocimiento empírico que tiene su dueño con respecto al comportamiento estructural de las maderas. En la casa tradicional en madera, el número de tejas que está en capacidad de conseguir el propietario, se convierte en el principal determinante de la superficie inicial de la vivienda. Además, el largo de tres metros de las tablas y piezas estructurales aserradas que se distribuyen comercialmente (correspondiente a la longitud de las *trozas* que saca el cortero), opera normalmente como módulo constructivo, que define el tamaño de la plataforma de piso, la distribución de los pilotes y columnas, y las divisiones internas.

La composición de la fachada, especialmente en las primeras etapas de construcción de la vivienda, sigue el orden o ritmo que establece dicho módulo. Cuando se pierde la racionalidad constructiva por la ampliación del volumen inicial de la casa, se enreda la racionalidad estructural y se pierde la composición formal.

Familia y vivienda

En cuanto a los factores de orden social o familiar, queremos esbozar aquí algunas observaciones referidas a las relaciones entre la evolución de la familia y la evolución de la vivienda.

La costumbre del *congeneo* resuelve temporalmente la necesidad de vivienda que tiene una pareja cuando decide hacer vida marital. Según las circunstancias familiares y dependiendo de la disponibilidad de espacio, se aloja en la casa del hombre o de la mujer, o en la de algún familiar cercano. No es raro que en la vivienda receptora ya residan otro hijo o hija con su esposo y niños, lo cual no es obstáculo para que se divida un cuarto minúsculo en la sala o en una de las alcobas existentes.

En esta primera residencia conyugal nacen uno o dos niños. Sin embargo, en los primeros años la unión matrimonial es muy frágil y puede romperse; en este caso, la mujer o su abuela se queda con los niños. Posteriormente cada cónyuge establecerá una nueva alianza matrimonial.

Cuando el matrimonio de hecho se fortalece, nacen más hijos. Pero la estrechez del espacio interior, la coexistencia de dos o tres hogares con numerosa prole, y otros asuntos de la vida doméstica, generan tensiones y conflictos entre las mujeres. Así se siente el deseo de *vivir solos*. La pareja aburrada construye su primera vivienda, un rancho sencillo, en un solar cercano; separándose así del grupo familiar extenso, formando un hogar nuclear reciente y con niños en edad de crianza.

En general, la construcción de la primera casa expresa materialmente la consolidación de la pareja, el acuerdo mutuo para procrear y *levantar una familia*, y además la capacidad económica del hombre para sostener un hogar. Mejorando las posibilidades de obtención de ingresos monetarios por medio del trabajo asalariado, o asegurada la venta de excedentes agrícolas o de pescado, se acorta la residencia en la casa de los familiares.

Durante varios años siguen naciendo hijos en la morada independiente y se estabiliza la unión matrimonial. Esta fase perdura hasta que los hijos mayores llegan a la edad de *coger mujer o marido* y conforman nuevos hogares. Unos dejan la casa paterna para instalarse donde los suegros, pero otros se quedan y tienen en ella los primeros hijos. Entonces se amplía el hogar por medio del *congeneo* de los hijos, hombres o mujeres, configurándose otra vez una familia compleja, con padres, hijos, yernos o nueras y nietos.

Para responder a las necesidades de espacio que surgen del incremento de personas, se adicionan a la casa existente aposentos destinados a alcobas y espacios de reunión y trabajo doméstico. Es probable que en poco tiempo la edificación sea sustituida por una nueva en mejores materiales.

En una última fase de evolución de la familia, los hijos residentes en la casa paterna, materna o de la abuela y cuya unión está en proceso de consolidación, reanudan el ciclo vivido años atrás por sus padres y construyen su propia casa. No obstante, los abuelos siguen criando los nietos, que se alojan alternadamente en ambas casas, o pasan el día donde ellos. Es corriente que en esta etapa se reemplace la vivienda por otra más grande

y con mejores materiales y factura. Después, y de acuerdo con la evolución económica de la familia, se construirán dos o tres casas más. En conclusión una pareja estabilizada y con 20, 30 ó 40 años de unión, construye 3, 4 ó 5 viviendas durante su vida en común, casi siempre en el mismo lote, aunque no son raros los cambios de lugar debido a la inestabilidad del terreno por acción de las mareas o las fuertes lluvias.

La composición del grupo familiar cambia permanentemente: a veces están los hijos solos o con sus parejas y niños, otras veces se van; con frecuencia a la familia nuclear se suma un pariente cercano o lejano.

Asimismo son notorios los altos grados de cohesión social que generan en el vecindario parental los estrechos vínculos de la familia extensa: los distintos hogares que lo conforman mantienen relaciones de cooperación o ayuda mutua, compartiendo el cuidado y la crianza de los niños, la limpieza de los solares, practicando la *cesión-cambio*, la retribución de favores y el intercambio de productos de la pesca y la agricultura. Sin embargo, cada hogar es autónomo para el desempeño de las labores domésticas.

Las peculiaridades del espacio público contribuyen a la cohesión familiar: Pequeñas plazoletas o zonas de uso común dejadas frente a las viviendas o en los patios traseros, facilitan la socialización de los niños y operan como lugares de encuentro y tertulia de las mujeres; los aislamientos y espacios entre casas son de uso colectivo, no existen cercos delimitando los solares, pero cada uno de los integrantes del vecindario de linaje conoce su posesión y respeta la del familiar vecino.

CONCLUSIONES

A través del proceso histórico de poblamiento y urbanización de la región del Pacífico, se configuró un sistema urbano-regional bastante peculiar y en continuo movimiento, que integra veredas rurales, constelaciones de caseríos y aldeas de diversos tamaños y variada tipología, varios centros urbanos menores y algunos centros urbanos importantes a escala regional y nacional. Cada uno de los componentes del sistema cumple funciones muy definidas en el dominio y administración del territorio, en la economía regional y local, en la distribución de bienes y servicios.

El ordenamiento espacial y las formas construidas expresan las estrechas relaciones que se producen entre los sistemas culturales y el entorno natural. La estructura del ordenamiento territorial, el desarrollo de los hábitats, la organización y morfología del espacio residencial están marcados por las relaciones de parentesco.

En los niveles más sencillos de hábitat se destaca la fuerte autenticidad de la arquitectura de la vivienda. Distintos prototipos formales y constructivos, manifiestan la persistencia

del modelo tecnológico heredado de las comunidades aborígenes y su hibridación con formas y materiales importados de otras culturas.

En las aldeas más típicas sobresale la hegemonía de la vivienda de tipo tradicional en maderas aserradas; mientras que en los centros urbanos menores y en las aldeas medianas o grandes más afectadas por los factores de cambio de origen externo, se va borrando la construcción autóctona o tradicional, para dar paso a la construcción de tipo moderno.

Tales variaciones tecnológicas y formales presentan estrechos nexos con las transformaciones de orden económico y cultural que operan tanto en las comunidades aldeanas y urbanas, como en la tipología y composición de la familia. Éstas se articulan a las mutaciones en la estructura, trazado y morfología general de los asentamientos que produce el tránsito de una categoría de hábitat a otra más compleja.

A pesar de los avances registrados en este artículo, existen múltiples vacíos en la investigación urbana y arquitectónica dedicada a la región del Pacífico. Los principales tienen que ver con los aspectos propios de la arquitectura indígena, negra y mestiza; las formas de ordenamiento espacial y el funcionamiento de territorio regional; los rasgos de la familia tradicional, sus transformaciones y evolución en las áreas rurales y en el conjunto de aldeas y centros urbanos; las modalidades de migración y movilidad espacial de la población, sus impactos en la estructura social y en las redes urbano-aldeanas.

El desarrollo de líneas de investigación contemplando estos vacíos, contribuiría a un mejor conocimiento de las comunidades del Pacífico y aportaría resultados útiles en procesos de planificación, ordenamiento territorial, diseño y ejecución de programas de vivienda y de espacio público.

BIBLIOGRAFÍA

Aprile-Gnisset, Jacques

1987 **Hábitats Aborígenes**. Universidad del Valle. Inédito.

Camacho, Juana

1999 Todos Tenemos Derecho a su Parte: Derechos De Herencia, Acceso y Control de Bienes en Comunidades Negras de la Costa Pacífica Chocoana. En «**De Montes, Ríos y Ciudades**». Editado por Camacho, Juana y Restrepo, Eduardo Fundación Natura, ECOFONDO, ICAN. Bogotá.

CONTRALORÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA.

1943 **Geografía Económica del Chocó, Tomo VI**.

Fals Borda, Orlando y Vautier, Ernesto

1958 **La Vivienda Tropical Húmeda**. CINVA, Bogotá.

Garrido, José Miguel

1985 **La Misión de Tumaco**. Creencias Religiosas. Tomo VIII. Biblioteca Carmelitano - Teresiana De Misiones.

Guhl, Ernesto

1949 La costa del pacífico entre los ríos Naya y Dagua. En **Primera Conferencia Agrícola Del Pacífico**. Cali.

Gutiérrez de Pineda, Virginia

1975 **Familia y Cultura en Colombia**. Instituto Colombiano de Cultura, Cuarta Edición, Bogotá.

Hoffmann, Odile

- 1998 **Familia y Vereda en el Río Mejicano** (Tumaco). CIDSE, Universidad del Valle, Cali.
- 1999 Habitas y espacio productivo y residencial en las aldeas parentales del Pacífico. En Camacho, Juana y Restrepo, Eduardo (Editores), «**De Montes, Ríos y Ciudades**». Fundación Natura, Ecofondo, ICAN, Bogotá.

Motta, Nancy

- s.f. **La Zona Lacustre de Buenaventura: Un Caso de Adaptación Urbana.** Sin más datos.

Rivas Nelly

- 1999 Modalidades de acceso a la tierra en el Pacífico nariñense: río Mejicano - Tumaco. En Juana y Restrepo, Eduardo (Editores), «**De Montes, Ríos y Ciudades**». Fundación Natura, Ecofondo, ICAN, Bogotá.

Urrea, Fernando

- 1999 **Dinámica de Poblamiento y Algunas Características de los Asentamientos Populares con Población Afrocolombiana en el Oriente de Cali.** Centro de Estudios Sociales Universidad Nacional. Bogotá, 1999.

Vasco Uribe, Luis Guillermo

- 1993 Deara: La Casa de los Hombres. En Leiva, Pablo, Editor. **Colombia Pacífico**, Fondo FEN Colombia, Bogota.

West, Robert

- [1957] 2001 **Las Tierras Bajas del Pacífico Colombiano.** ICANH, Bogotá.